

UNA CLASE SOBRE CERVANTES EN HOMENAJE
A ISAÍAS LERNER

JOSÉ MONTERO REGUERA
Universidade de Vigo

Hoy era el segundo día de clase en el curso monográfico sobre Miguel de Cervantes que vengo explicando en la Facultad de Filología y Traducción de Vigo desde hace ya un buen número de años. Era el segundo, pero en realidad el primero de trabajo en serio, pues el anterior había sido destinado a la presentación de la asignatura y de mí mismo ante un auditorio en el que se unen veteranos y noveles: alumnos de la licenciatura de Filología Hispánica —a punto de extinguirse— y otros pertenecientes a la universidad de los mayores. Un conjunto heterogéneo que adecuadamente combinado suele dar unos resultados excelentes; al menos esa es mi experiencia.

Pero entre uno y otro día me llegó la noticia del fallecimiento de Isaías Lerner, amigo y maestro muy querido; no se me ocurrió otra manera de rendirle tributo —ya habrá tiempo y ocasión para una necrológica más detenida— que dedicarle la clase de hoy, de manera que nos hemos acercado a Cervantes de la mano de Isaías y sus trabajos sobre el autor del *Persiles*.

He tomado como punto de partida la carta de Cervantes a Antonio de Eraso (17 de febrero de 1582) en la que se unen lo americano y español, algo a lo que Lerner dedicó buena parte de su trayectoria académica: salvar la distancia que el océano Atlántico —y no sólo el océano— supone para americanos y españoles, ambos integrantes de la comunidad hispánica. En esa carta, Cervantes se muestra inquieto ante la llegada de la carabela de aviso, con la posible noticia de algunas vacantes en los virreinos americanos: “y así es forçoso que espere a la carauela de auiso por ver si tray alguno [avi-

so] de alguna uacante, que todas las que acá auía estaban proueydas según me ha dicho el señor Valmaseda”. Como se sabe, el viaje americano no llegó a concretarse y Cervantes ejerció cargos de abastecedor de la luego llamada “armada invencible” y recaudador de impuesto en Andalucía; ocupaciones que no se correspondían con los méritos del alcaíno.

Pero la inquietud por las pretensiones no resueltas daba paso al anuncio en la carta de su primera obra en prosa: “En este ynterin me entretengo en críar a *Galatea*”, texto al que Lerner se acercó, al menos, en dos ocasiones: para estudiar su poesía y para ver su proyección en el siglo XVIII.

La *Galatea* sirvió para acercarnos a las lecturas de Cervantes, muchas y muy diversas; hoy, sin embargo, hubo dos que sobresalieron sobre otras: Ercilla y Pedro Mexía. Mostré las dos grandes ediciones de Lerner: su *Araucana* (ahora sólo, sin la compañía de Morínigo) y su *Silva de varia lección*. La primera publicada por Cátedra, la segunda por Castalia. Los tomos circularon por la clase. Esas lecturas cervantinas ayudaron también a construir la imagen del Cervantes anterior a los años andaluces: la influencia posible de López de Hoyos, la estancia italiana, la experiencia militar, la huella del cautiverio en su literatura. La clase iba avanzando en el tiempo, tanto el nuestro —profesor y alumnos— como en el de la cronología cervantina.

Entonces fue cuando la *summa* cervantina de Lerner (*Lecturas de Cervantes*, Málaga: Universidad de Málaga, 2005) acudió en nuestra ayuda, no sólo para volver sobre Ercilla y Mexía, a quienes se dedican las dos primeras partes del libro, sino porque el resto —con capítulos dedicados a los entremeses, las *Novelas ejemplares* y el *Quijote*— me dio pie a esbozar las líneas generales de la literatura cervantina anteriores a 1605 que explican estas dos últimas: romancero nuevo (“yo he compuesto romances infinitos”), teatro (“compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arro-

jadiza: corrieron su carrera sin silbos, gritas, ni baraúndas”) y novela corta (manuscrito Porras, cartapacio con novelas en la venta de Palomeque).

Todo ello, claro está, abría el camino para mencionar y manejar la edición del *Quijote* realizada en colaboración con Celina Sabor de Cortázar y prólogo de Marcos A. Morínigo. Me referí a la primera edición (1969), pero la que llevé a clase es la segunda publicada en 2005, con dedicatoria generosa de Isaías. Ya hace muchos años la ponderó ajustadamente Luis A. Murillo -otro sabio editor del *Quijote*- y yo insistí esta mañana en la vertiente filológica de la edición, porque recalqué, y la portada de la edición me ayudó a ello, la vocación filológica de Lerner y cómo él no deja ser también fruto del viejo Centro de Estudios Históricos en el que con Menéndez Pidal al frente y, tras él, Castro, los dos Alonso —Amado y Dámaso—, Lapesa y tantos otros se consiguió prestigiar la disciplina filológica en España, y la llevaron a América: Amado Alonso en Argentina, Alonso Zamora Vicente en México... Dos separatas, también dedicadas con mucho cariño por Isaías, dieron testimonio de ese entronque: las de los trabajos que preparó para el homenaje a Morínigo (*Filología*, XXVI, 1-2, 1995) y a Amado Alonso (*Lexis*, XX, 1-2, 1996): la primera sobre Mexía, la segunda, cervantina. Y les recordé que la tesis doctoral de Lerner versó sobre los arcaísmos léxicos del español de América

La clase iba llegando a su final —el próximo día seguiré con los años finales de Cervantes— y no me resistí a recordar a los alumnos —a las alumnas, que son mayoría, silenciosa pero atentísima— el objetivo de nuestro oficio de filólogos que hemos de preservar a pesar de *boloñeces*; y no había manera mejor de acabar que, como hago yo también ahora, con las palabras del maestro recién desaparecido:

El título de este volumen [*Lecturas de Cervantes*] alude a los dos propósitos que guían los trabajos que reúne. Por un lado, las lecturas que el escritor incorpora transformándolas en nuevo material narrativo manipulando el propósito de su autor primero para dotarlas de un significado no aparente

en su origen. Por otro lado, esta densidad textual permite, creo, una comprensión del texto cervantino que no encuentro siempre presente en otros acercamientos críticos. En ambos casos, la tarea emprendida intentaba leer el *corpus* cervantino desde los presupuestos intelectuales de los tiempos de Cervantes. Conocer los libros que nuestro autor pudo haber leído; asimilar y comprender los propósitos o los programas artísticos e intelectuales bajo los que se formaron; revisar lo que se daba por saberes definitivos en su tiempo es un modo de interrogar los textos que los libera, sin duda parcialmente, de los intereses actuales que manejan la conducta del crítico en otros aspectos de su propia existencia. No es posible asimilar a cuatrocientos años de distancia, ciertamente, todo el sistema de saberes y de opiniones que dominaban las vidas individuales y los códigos sociales de autores de la complejidad de Cervantes. Pero no es infructuoso, creo, el esfuerzo por intentarlo. (*Lecturas de Cervantes*, p. 7).

Se puede decir más alto, pero no más claro. Amén.